

**LA REVOLUCIÓN ES LA PAZ
II Certamen Socialista
celebrado en Barcelona
el día 10 de noviembre de 1889
en el Palacio de Bellas Artes**

Anselmo Lorenzo

La revolución es la paz

Lema: Lo que el progreso consolida es indestructible.

Solicita el tema propuesto por el Círculo Obrero de Barcelona:

1º Un concepto claro de la sociedad libre o anarquista.

2º El límite posible a que puede llegar la instrucción general.

3º El conocimiento de las pasiones humanas y su influencia social.

A tan grave estudio me lleva mi osadía y mi deseo de contribuir a la gran obra de la Revolución social, sin que pueda desanimarme la convicción de mi insuficiencia.

Con este trabajo quiero honrar la memoria de los mártires de Chicago, asociándome para ello al Círculo Obrero, autor del tema; a la Comisión organizadora del Certamen Socialista, y a los buenos compañeros que concurren a este acto con el fruto de su inteligencia.

I

Es generalmente admitido que el primer esbozo social es la tribu nómada. Los individuos dispersos, inspirados por la carencia de recursos y atraídos por la consanguinidad y el trato frecuente, crean la autoridad del anciano. Esta autoridad, producto más bien de la aceptación que de la imposición, satisface las escasas necesidades sociales del hombre inculto. Cuando la agrupación nómada fija su

residencia, atraída por la bondad y la belleza de una comarca a la vez que por los conocimientos embrionarios de la agricultura que les prometen la posibilidad de la subsistencia, la autoridad pierde el carácter de consentimiento para convertirse en imposición. Ya colocada en esta pendiente, se desarrolla la soberbia del autócrata, y en razón inversa, la humillación de los dominados, y así vemos que la necesidad que los primeros hombres sintieron de establecer la solidaridad, por el hecho de haberla fundado en la autoridad paternal de los ancianos a quienes supusieron más prudentes y desapasionados, se convirtió en causa poderosísima de insolidaridad. Las consecuencias de tan funesto error las sufrimos aún, y son tan graves, que para retrotraer la sociedad a su primitivo fundamento y origen es necesario efectuar la Revolución social, de la cual nos separa aún tanto tiempo como puedan vivir los privilegios de todo género, y cuanto sea preciso para que los oprimidos y explotados adquieran la fuerza necesaria para alcanzar el triunfo de sus ideales emancipadores.

De modo, que el primer conato de organización social fundóse en la necesidad de reunir las fuerzas de todos para que redundasen en beneficio de cada uno, y el propósito de los anarquistas hoy consiste en destruir los obstáculos que se oponen a la realización de aquel pensamiento.

Desde el momento histórico, desconocido por lo remoto, en que la entonces recién nacida Reacción cometió iniquidad tan grande,

hasta el momento en que el primer programa anárquico reunió la voluntad de los individualistas igualitarios en una acción común, y mejor aún hasta que nueva guillotina revolucionaria acabe con el último burgués recalcitrante, se desarrolla la historia de la humanidad, horrenda en sus crímenes, sublime en sus concepciones, admirable en sus descubrimientos, pero perdida en un laberinto cuya extensión no ha sido concebida por el juicio de los pensadores ni por la imaginación de los poetas.

Nunca, pues, hubo en la humanidad pensamiento tan humano, útil, positivo y trascendental como el que inspira a los anarquistas.

La vida social iniciada por la tribu y desviada de su curso natural por la autoridad, progresó, en el mal hasta llegar a la creación de aquellos grandes imperios de la Antigüedad, coronados por la elevación de un déspota que, no sabiendo ya como crear nuevas satisfacciones a su soberbiar, se imaginaba en posesión de los atributos de la divinidad. Parecía como que el género humano no constase más que del corto número de déspotas que dominaban las naciones, y aun éstos, casi siempre en guerra, sólo ambicionaban uncir a su carro vencedor la humillación de otro déspota vencido. Todos los seres humanos eran el patrimonio de sus señores, y perdida hasta la memoria de aquella igualdad primitiva, no había individuos, sino átomos combinados para la producción y para la guerra, a la merced del capricho del imperante. El pensamiento no pudo ser ofuscado nunca, y sus destellos, vividos siem-

pre, lo mismo entre la degradación de las castas inferiores y de la esclavitud que entre las sociedades relativamente libres de Grecia y Roma, fueron reuniendo aquel patrimonio de conocimientos que en la sociedad actual monopoliza la burguesía. Ese patrimonio constituye la ciencia, formada a pesar de la brutalidad autoritaria y de los imperfectos organismos sociales por ella auspiciados. Paralelo a la degradación que deprimía a los vasallos cuanto elevaba a los reyes, corría el pensamiento regenerador, que ha venido en los tiempos presentes a dar alta dignidad al oprimido y a quitar todo prestigio al opresor.

Entre tanto, el hecho predominante era, como ya dejo indicado, que la dignidad para el hombre se colocó en las alturas de la soberanía, después se extendió a los que ocupaban un señorío de orden secundario, luego a los monopolizadores de la riqueza, y por último, con el advenimiento de la democracia, a los favorecidos por la elección. Falta ahora que por la nivelación anárquica se extienda a todos y a todas, sin excepción ni limitación alguna.

Por consiguiente: así como la autoridad vinculó el libre ejercicio de la voluntad exclusivamente en los déspotas, y evoluciones sucesivas extendieron la conquista de la voluntad a los privilegiados, en la sociedad anárquica el libérrimo ejercicio de la voluntad quedará asegurado a todo el mundo.

El libérrimo ejercicio de la voluntad: no conozco expresión más gráfica para representar en el individuo los efectos de la sociedad

anárquica. Ello supone una salud garantizada por una concepción efectuada en las mejores condiciones de selección, una higiene rigurosamente observada por ser universalmente conocida, una instrucción vastísima basada en una enseñanza integral y una independencia absoluta.

Tal es mi respuesta a la primera parte del tema.

II

El conocimiento se adquiere por investigación y por adaptación. Unos individuos estudian, observan y descubren; otros aprenden, comprueban y saben. Casi todos alternativamente y en más o menos proporción, según sus condiciones especiales, aplican los dos métodos.

Esto es axiomático y pertenece al número de verdades universales.

Los primeros conocimientos se debieron a los investigadores, pero estos procederían sin método ni coordinación y guiados por sus necesidades, aptitudes y aficiones particulares. Los faltos de iniciativa verían sin duda los felices resultados obtenidos por los investigadores y se adaptarían aquellos conocimientos deseosos de beneficiarse de ellos.

La falta de método dificultaría el trabajo de investigación, e impediría elevar el juicio al descubrimiento de esas leyes naturales que rigen la mecánica del universo, y que por sí mismas explican

los fenómenos de la naturaleza por series lógicas y racionales que se enlazan y entrecruzan por modo admirable, y llevan a la razón al conocimiento de aquellas sublimes síntesis que constituyen las ciencias especiales.

A causa de aquella falta se supliría la insuficiencia del juicio y la carencia de conocimientos con las exageraciones de la imaginación, que sirvió de base a las teogonias primitivas que han llegado a nuestros días en forma de religiones, aunque ya caducas y osificadas en sus dogmas y en sus jerarquías y a punto de desaparecer, como aquellos encorvados octogenarios que en medio de sus achaques evocan incesantemente el recuerdo de sus buenos tiempos y gruñen a cada momento contra las expansiones juveniles.

No obstante, la razón caminó con más rapidez que los progresos sociales, y cuando aun en lo social y en lo político un hombre era adorado como hijo del sol y tenía para su servicio palacios como ciudades, en tanto que millones de hombres y mujeres eran considerados como más despreciables que los animales colocados en el último grado de lo inmundo, había sabios que tenían conocimientos científicos tal vez superiores a los de la actualidad, y que por espíritu de privilegio de casta o tal vez porque creyesen incapaces de pensar ni saber a sus abyectos contemporáneos, encerraron la ciencia en los templos, renovaban el número de privilegiados sabios con escogidos que sometían a una difícil y

severísima iniciación y daban mitos y leyendas a la turba multa de esclavos. De ello quedan grandes vestigios: la mitología egipcia, griega y romana era una religión para los ignorantes y la ciencia astronómica para los sacerdotes, y en nuestros días, merced a la mixtificación cristiana, que proveyó de religiosidad a los ignorantes, y a haberse levantado el velo que cubría el misterio págano, los antiguos dioses forman la parte principal de la nomenclatura de la astronomía.

Los buenos tiempos de Grecia nos dan una idea de lo que puede ser la instrucción en la sociedad anárquica: allí existía la igualdad de la ciencia y del arte para los que disfrutaban de los derechos de ciudadanía, y aunque el trabajo fuese servil, y los trabajadores fueran esclavos, lo cierto es que los que eran considerados como unidad civil y política, tenían libre acceso a la academia, al liceo y al gimnasio, donde recibían la suma de conocimientos hasta aquel momento alcanzados, sin limitación alguna, dando lugar a que cada cual desarrollase sus propias aptitudes, merced a lo cual aquel pueblo elevó las ciencias y las artes a maravillosa altura, y es el que mayor contingente ofrece de hombres eminentes y de sorprendentes obras del genio, hasta el punto de constituir en todos los ramos del saber un clasicismo que se impone hasta nuestros días, a pesar del progreso realizado después de veinticinco siglos.

Lo que Grecia hizo para los ciudadanos y lo que la sociedad

contemporánea hace para los burgueses, la anarquía con fundamento más racional puede hacerlo para la universalidad de los individuos de ambos sexos.

Hoy la ciencia tiene dos limitaciones de efectos desastrosísimos: la universidad y los métodos oficiales de enseñanza; por el primero la ciencia se vende a los ricos; por el segundo se la mixtifica con arreglo a las conveniencias y a las preocupaciones dominantes. Por ellos se mantiene la dominación de los explotadores instruidos sobre los explotados ignorantes, al mismo tiempo que se doblegan las expansiones del pensamiento ante los dogmas y los errores que sostienen intereses y jerarquías fundadas en tiempos de fanatismo y barbarie. Lo primero representa una concesión a los detentadores del patrimonio universal; lo segundo, una garantía de vida a la religión.

En la sociedad anárquica se plantearán esos métodos de instrucción primaria ideados por ilustres pedagogos, los cuales, aunque reconocidos como buenos y útiles, son impracticables hoy, que el antagonismo de los intereses no permite a nadie apoyar aquello que sólo beneficia a otros. Pestalozzi, Froebel y otros muchos fundadores de métodos de enseñanza, admirados hoy platónicamente y cuando más siendo utilizado su nombre como reclamo a empresas pedagógico-industriales, tendrán cumplida aplicación cuando no haya privilegios que vincular ni errores que hacer pasar por verdades reveladas.

III

Al llegar a este punto he de entrar de lleno en el objetivo del tema.

Ocasión sería esta de presentar un trabajo rebosando erudición, en que multitud de citas de místicos, moralistas y filósofos, revueltos en confusión más o menos ordenada, diesen por resultado embrollar el tema en lugar de aclararlo. Como explotado y como anarquista me veo imposibilitado de hacerlo así: primero porque, por la explotación carezco del tiempo necesario para rebuscar en el *Diccionario Larousse*, recurso ordinario del que falsifica erudición y ciencia; y luego porque como pensador anarquista, voy derecho al objeto, deseoso de exponer una verdad arraigada en mi entendimiento por adaptación u observación. Ni aun violentándome podría hacer otra cosa: el estudio de las pasiones puede decirse que no se ha empezado aún, porque cuanto sobre las pasiones se ha dicho, es producto de la imaginación, ora por místicos que quieren suprimirlas, ora por filósofos y moralistas que se proponen encauzarlas arbitrariamente, ora por poetas que toman el desarrollo de las pasiones sin método racional y con el único fin de presentar una combinación artística, y entre todo ese inmenso material, no hay tal vez una observación ni un solo pensamiento aprovechable para resolver el problema propuesto.

Las pasiones, según la filosofía de nuestros explotadores, son movimientos o impulsos desordenados del alma, y el alma, un ser

inmaterial y eterno que reside en nuestro cuerpo durante nuestra vida corporal, para vivir en el infierno, el purgatorio, la gloria, los espacios siderales, transmigrando en otras existencias, etc., etc., según la infinidad de religiones o sectas espiritualistas o espiritistas. Se ha llamado alma al resultado de la integración de las fuerzas que actúan en el organismo humano; pero esto, con ser tan importante, no es nada que tenga relación con la idea material de *ser*; no es otra cosa que una abstracción, es decir, una palabra convencional con que nos representamos un orden de hechos, a semejanza de lo que sucede cuando decimos *la verdad, la belleza, la justicia* y otras muchas ideas abstractas, que no siendo más que cualidades aplicables a las cosas, las consideramos como si fuesen una entidad real, y hasta las representamos iconográficamente, como la verdad, por una mujer desnuda; la justicia, por una matrona con la balanza y la espada, etc. Con lo que se demuestra que no hay alma, sino conjunto de cualidades y circunstancias especiales propias de la vida humana a que se ha aplicado aquella palabra, y por lo tanto cae por su base la definición espiritualista del alma.

Hay en el hombre, considerado como tipo representativo de la especie humana, y por tanto en todos los hombres y en todas las mujeres en estado normal, un organismo que produce fuerza material y fuerza intelectual. Con la primera se ejecutan actos: unos conscientes, productos de la voluntad o del sentimiento; otros inconscientes, como los que afectan a la vida interior del organismo. Con la segunda se elaboran pensamientos, voliciones y afectos.

Claro es que de estas dos fuerzas una es directora y otra dirigida, y aquella ha de haber alcanzado en todos tiempos y circunstancias consideración preeminente, demasiado por desgracia, tanto, que a ello se debe la suposición de la existencia de un ser creador y conservador del universo como alma del mismo, y a imagen y semejanza de aquella ficción, se viciaron las inteligencias del número infinito de nuestros predecesores, dando lugar a la creación de autoridades directivas y de servidores pasivos y serviles.

La idea que nos lleva a considerar dos fuerzas distintas en el tipo humano, es aún una abstracción perjudicialísima, porque si así las clasificamos, es únicamente en atención a la tendencia que nos lleva a sintetizar metódicamente los hechos y avalarnos de abstracciones para mejor representarlos y darnos a entender de nuestros semejantes; pero no quiere esto decir que aquellas abstracciones tengan una realidad positiva que concuerde absolutamente con nuestras concepciones. Califico de perjudicialísima esa abstracción, porque aquellos que por ella han sido iniciados en el conocimiento de la cosa, no la han aceptado en la fuerza de su esencia, sino confundida con la ficción ideada para su mejor comprensión, y pasando tiempo y generaciones ha venido por último la fuerza de la selección a darlas forma material casi indestructible. Los poetas griegos creyeron encontrar cierta semejanza entre las facultades de la fuerza intelectual con la mariposa, y adoptaron el nombre de aquel animal para el alma; aquella ficción, generalizada en su idioma, ha pasado a las lenguas modernas, quedando para los

filósofos el conocimiento de la etimología de la palabra, y para el vulgo una preocupación arraigadísima.

Lo positivo es que el organismo humano es un conjunto viviente que se siente a si propio; ve, oye, huele, gusta y toca cuanto le rodea, y por estas facultades lleva elementos a su cerebro, órgano del conocimiento y de la sensibilidad, para juzgar, conocer, desear, querer, amar, etc., y lo mismo es capaz de matar de un puñetazo a un enemigo o cavar la tierra para depositar en ella la fructífera semilla, que descubrir una relación entre un fenómeno natural y la causa que lo produce; postrarse rendidamente enamorado a los pies de una mujer o concebir la construcción de esas obras maravillosas que abren los istmos, perforan las montañas o echan atrevidos puentes sobre ríos caudalosos.

El amor contrariado, la ambición no satisfecha, el deseo de venganza concebida contra el que labró una desdicha irreparable, la avaricia originada por la insolidaridad, el vicio y el crimen son pasiones inharmónicas desarrolladas a causa de la imperfección de las sociedades. Sin el régimen estrecho y antinatural del matrimonio, los celos quedarían reducidos a una proporción ínfima que un perfecto desarrollo físico y moral y el respeto a la libertad anularía por completo; sin la práctica de la autoridad, no habría temor de que nadie aspirase a erigirse en mandarán de sus iguales; con el conocimiento del propio derecho y la estimación del ajeno, no habría el choque de pasiones e intereses opuestos que engendra la

venganza; con una solidaridad que garantizase la satisfacción de todas las necesidades por el recíproco cumplimiento de todos los deberes, se hundiría la avaricia por carecer completamente de base; el vicio y el crimen no se engendrarían como resultado de deficiencias sociales, sino que, si aun persistiesen, sería por efectos de causas puramente individuales, y así considerados salen por completo de la esfera de acción del sociólogo para entrar en otra, muy distinta, también de dominio científico, la del médico alienista; pero que puede asegurarse con toda evidencia que no serían jamás causa de inharmonía social.

Muchos siglos de existencia cuenta la humanidad sobre la tierra; rudas y tremendas debían desarrollarse las pasiones en aquellas épocas de fanatismo, de guerras y de conquistas en que los poderosos todo lo osaban y en que los humillados debían arrastrar sus mezquindades por el lodo de la astucia y de la hipocresía, y sin embargo ha sido posible el progreso, y tanta potencia ha alcanzado, que ha confundido religiones, imperios y dominaciones de clases imperantes, hasta el punto de presentar el problema de solución inminente y próxima de la soberanía de cada uno sobre sí mismo y fundar la sociedad sobre pactos libres y revocables entre cada uno de los soberanos; es decir, sobre las condiciones que cada uno y cada una tengan a bien contratar o rescindir, a semejanza de los que celebraban antiguamente los reyes o aun por algún tiempo celebran y celebrarán los gobiernos que defienden en retirada los privilegios de la burguesía.

IV

Ya que no por efecto de las pasiones propiamente dichas se pueda temer la inharmonía en la futura sociedad anarquista, he de hablar aquí de una supuesta causa constante de perturbación de que se habla en nombre de la ciencia.

Dícese que la naturaleza ha llegado al perfeccionamiento relativo de las especies por la eliminación sucesiva de los individuos mal conformados. Supónese que esta eliminación se efectúa principalmente por medio de la lucha por la existencia, en la cual los seres mal dotados han caído y han sido suprimidos por los más fuertes y los más inteligentes. Según esto, las especies mejor apropiadas al medio en que vivían, han reemplazado a las otras, y en esas mismas especies los individuos robustos e industriosos han tenido más probabilidades de perpetuar la raza. La consecuencia, dicen, es que el socialismo quiere establecer un equilibrio entre los débiles y los fuertes, favoreciendo la reproducción de los primeros, y en lugar de dirigirse a una constitución social liberal e igualitaria, va a la degeneración humana, si no tuviese en su contra la resistencia indestructible de las leyes naturales.

Semejante teoría, sostenida en nombre de la ciencia por hombres que disfrutaban de la consideración de sabios, no puede ser sostenida de buena fe, y da motivo para creer que es obra de una mezquina superchería conservadora.

En efecto, para que la teoría indicada tenga la importancia que se le supone, dice Dramard, sería necesario probar:

1º. Que la lucha es el único procedimiento empleado para llegar al perfeccionamiento de la especie humana.

2º. Que no puede existir otro alguno.

Está demostrado, y esto por el mismo Haeckel, principal sostenedor de la teoría en cuestión, que los procedimientos evolucionistas de infinitas especies animales y vegetales son múltiples, frecuentemente antagónicos y difieren según los organismos, las circunstancias y el medio en que cada uno vive y se desarrolla, clasificándose en dos categorías principales: la herencia, factor importantísimo en la evolución, y la selección natural, o adaptación transmitida hereditariamente de todas las influencias que gravitan sobre un ser viviente.

De donde se deduce que la famosa lucha por la existencia, tan invocada por aquellos que viviendo en la esfera del privilegio tienen aún el cinismo de proclamarlo como un derecho natural, no es más que uno de tantos modos de evolución practicados por las especies organizadas, y no el único, ni menos el más importante.

La lucha por la existencia ha contribuido seguramente al perfeccionamiento de las especies inferiores en la misma medida que los modos de selección indicados y otros muchos, entre los que pueden contarse la selección sexual, las modificaciones geoló-

gicas, la influencia del hombre; pero la especie humana, capaz de conocer y aprovechar las leyes naturales, ha empleado como medio principal de perfeccionamiento la sociabilidad y la solidaridad, dándose el hecho, bien patente en la historia, de que todos, individuos o colectividades que por la fuerza o la superchería se han elevado sobre el nivel común, en plazo más o menos largo han degenerado y decaído; en tanto que los postergados y oprimidos han mantenido viva la protesta regeneradora, han logrado emancipaciones parciales, y han llegado, como en los momentos actuales, a reunir a todos los oprimidos en el propósito de dar la última batalla al privilegio y alcanzar la perfecta y absoluta emancipación social.

Ejemplo bien patente nos ofrecen los privilegiados españoles: los restos de la antigua nobleza que ganó sus pergaminos en la epopeya de la reconquista o en el descubrimiento del Nuevo Mundo, viven hoy consumiendo sus rentas, encanallados en el aturdimiento del vicio y del flamenquismo, llevando pintada en su fisonomía, por la languidez de sus facciones, el aplastamiento de su frente y la prolongación de sus orejas, el retroceso a la animalidad; la burguesía que sustituyó a la nobleza y despojó a la Iglesia, domina hoy como señora absoluta en las esferas del Estado, pero saciada ya, y falta de ideales, se agita en la arbitrariedad, y toca los bordes del abismo que ha de confundir sus privilegios, en tanto que el proletariado se levanta potente, enérgico, arrogante, amenazador, y convencido de que detrás de sí no queda nadie a quien explotar ni

oprimir, se dispone a organizar la sociedad igualitaria y justa que universalizará para todos el completo y perfecto desarrollo de las facultades humanas.

Por todas las razones expuestas, mi conclusión es: que en la sociedad anárquica a cuyo inmediato planteamiento nos lleva el progreso humano, el valor moral y material del proletariado militante y la decadencia extrema de los privilegiados, la ciencia será del dominio de todos, la felicidad será el galardón concedido a la práctica de la reciprocidad entre todos los derechos y todos los deberes, y las pasiones dirigidas por la sabiduría, la prudencia y la justicia no podrán en manera alguna ser causa de inharmonía social.